



Manuel Hoyos Gómez (1944-1999).

Pasado un cuatrienio de la estremecedora ausencia de Manuel Hoyos Gómez (nuestro Manolo) algunos de sus allegados, a la vez del corazón y de la ciencia, consideramos ineludible realizar un homenaje en su lugar natural: esto es, en el Museo Nacional de Ciencias Naturales y en la revista *Estudios Geológicos*. La idea era reunir en un volumen especial una serie de contribuciones originales en los campos de investigación en los que Manolo trabajó y contribuyó a su progreso.

La inmediata acogida de la propuesta es fácilmente comprobable aquí, al contar con la participación de cerca de sesenta amigos con lo mejor que tienen: su inteligencia y su sensibilidad. Éstos han ofrecido los resultados, las discusiones y las conclusiones de sus actuales investigaciones en los ámbitos disciplinares y en las zonas de campo en los que, o con los que, siempre llevó a cabo su trabajo Manolo: Vulcanología, Paleontología, Geomorfolo-

## PRESENTACION

gía, Geología del Karst y Arqueología Prehistórica en medios kársticos.

Aunque en otros foros, y con más talento (Aguirre, 1999; Fortea, 2000), se han expuesto las cualidades científicas y humanas de Manolo; cabe aquí añadir alguna apostilla o recuerdo de nuestra común andadura con el homenajeado. Manolo fue heredero intelectual de Eduardo Hernández Pacheco, por el que sentía veneración. Una foto suya presidía la mesa del despacho, y se percibe una singular identidad en sus quehaceres profesionales. En efecto, ambos fueron geólogos. Uno fue pionero en España de la institucionalización de la arqueología prehistórica y su vinculación con el Cuaternario, el otro fue pionero en el estudio del karst (sedimentología, paleoclimatología, etc.) aplicado a dicha disciplina. Uno tuvo la facultad de colegir la obligación de buscar, estudiar y conservar el arte rupestre hispano, el otro fue el primero que creó en España un línea de investigación relativa a la conservación de un patrimonio tan frágil como ése, y un equipo internacionalmente reconocido. Y siempre fue Asturias el inicial eje geográfico de referencia de esas actividades, y el Museo Nacional de Ciencias Naturales su lugar de trabajo principal.

Con ese bagaje, era condición necesaria encontrar en Manolo una peculiar capacidad: la de enfocar de forma global los problemas e interrogantes de una cuestión dada. Consideraba primero los temas con perspectiva subiendo primero al monte más alto, para ir poco a poco introduciéndose en ellos, hasta llegar, si era menester, a estudiar y analizar los problemas en el microscopio electrónico. Por eso era capaz de debatir con los especialistas de las diferentes materias; por eso, y a pesar de la tópica discrepancia hacia esa parte de la Geología, ahora sin embargo tan de moda, era un cuaternarista extraor-

dinario, sabiendo siempre que «es imprescindible conocer a fondo lo de abajo para poder entender bien lo de arriba».

Paralelamente tenía otra especial faceta relacionada con la enseñanza. A él nunca le gustó, o eso decía, la docencia, pero fue un excepcional docente, un verdadero profesor de investigación. Tanto, que son varios los profesionales de la geología y de la arqueología, los que le consideran un maestro: porque enseñaba a aprender y a investigar, porque hacía pensar siempre un poco más a aquellos con los que trabajaba, porque implicaba y coordinaba a todos desde sus diferentes especialidades en el trabajo en común, y porque entregaba sin contrapartida la idea certera. Fue, no obstante, exigente a la hora de pedir resultados, y hacía con contundencia las llamadas de atención, pero siempre fue paciente, y se sabía que al final se imponía su buen humor.

Tenía, en fin, una insólita aptitud para percibir vías de investigación novedosas a fin de responder mejor a los problemas, o temas para hacer tesis doctorales. Y, en esa línea, Manolo fue incapaz de decir «no» a algo relativo a su trabajo, pero era asombrosa su capacidad para administrar los inevitables retrasos al atender tantas cosas. Al final, sin embargo, ofrecía su pertinente juicio, o una sensata y reconocida proposición científica.

Rememoremos también sus «geografías». Cómo disfrutaba Manolo en el campo, y cómo tenía sus preferencias: su Sevilla del alma, a pesar del descuido de su nacimiento, Asturias (y la Cornisa Cantábrica), Madrid y sus alrededores y, cómo no, Cala-

tayud. Cómo gozaba en compañía de Paco y Antonio por los riscos bilbilitanos a la caza de los cortes que permitieran definir la cuenca; o por Asturias (y otros lugares cantábricos) tratando de comprender la realidad del karst —o del arte rupestre— de tal lugar y sus complicaciones en la interpretación arqueológica. Ahí en compañía de su buen amigo el malogrado H. Laville, el cual aprendió a entender el reputado «francés andalusí» de Manolo. Luego, al filo de las dos, había que «echar» una cerveza, una buena fabada o un sabroso cordero.

Al final lo que queda son los discípulos, sus ideas y, sobre todo, la ingente cantidad de personas que recuerdan su ayuda, su opinión, su bondad y sus chascarrillos. Vaya, también aquí, un sentido homenaje a uno de ellos, Josefo, con el que, a pesar de su aparente diferencia externa, tuvo una relación de respeto, admiración y cariño.

Manolo era generoso y efervescente; y es seguro que, parafraseando a su paisano Federico García Lorca, hubiese dicho: *¡si muero, dejad el balcón abierto!* Por ello, y por tantísimas otras cosas, Manolo es, sencillamente, inolvidable.

## Referencias

- Aguirre, E. (1999). Necrológicas en *El País y El Mundo*.  
 Aguirre, E. (1999). Manuel Hoyos Gómez, 1944-1999. *Cuatrenario y Geomorfología*, 13 (1-2): 5-6.  
 Fortea, J. (2000). Manuel Hoyos Gómez, 1944-1999. *Bol. R. Soc. Esp. Hist. Nat. (Actas)*, 97: 99-108.

Marc de la Rasilla Vives y Sergio Sánchez-Moral